

RAUL TORRES
el
LARGO INVIERNO
DEL ESPACIO

«PREMIO ASIMOV DE NOVELA DE CIENCIA-FICCIÓN»



Esta magnífica novela –premio Asimov de novela de ciencia ficción organizado por el ayuntamiento de Cuenca– viene a llenar un importante espacio en la narrativa española de este género. En este relato, desarrollado en un futuro demencial, una gran explosión espacial, provocada por los humanos, hace que la luna aparentemente desaparezca. Pero, en realidad, no se produce su destrucción, sino su traslado a otra dimensión, en la que al parecer, todo el mundo es inmortal. Por ello, en ese futuro existen unos seres alfa-humanos que intentan comunicarse con la Tierra y, al fin, lo consiguen. Pretenden buscar la muerte, pues desean seguir la misma suerte que los humanos.

*Has de ir allá,
al largo invierno del Espacio
y tenderte en agradecida inocencia
para dormir al fin.*

RAY BRADBURY

Fantasmas de lo nuevo.

Los sicofuertes estaban jugando en una casa destartada sobre la arena de la playa. El viento se colaba por rendijas y cristales rotos, agitando papeles medio desclavados en las paredes y los vidrios de una lámpara encima de ellos. Tintineaban sin ritmo chocando unos contra otros creando una atmósfera densa. Atardecía ya sobre las olas y la luna emergía como un barco lejano, sobre el horizonte estrellado.

–¿Jorge? –sonó la voz queda.

–¿Qué pasa ahora?

–¡Concéntrate, por Dios! ¡Está saliendo Alfa!

–En el nombre de Dios Todopoderoso –dijo otra voz queda–. ¿Quiénes sois? Contestadnos.

El vaso giraba alocado deslizándose sobre el cristal limpio en un ruido característico que prestaba emoción.

–¿Quién eres? –preguntó de nuevo la voz de Jorge.

El vaso no señaló letra alguna en el abecedario colocado en círculo.

–Esta noche no viene nadie –aventuró Quini–. No es noche de suerte; os he dicho que con Luna llena, no sale.

–Pero qué tendrá que ver la Luna en esto, hombre. ¡Concéntrate!

–Me concentro de nuevo.

–En el nombre de Dios Todopoderoso.

El vaso se quedó parado de pronto.

–¿Ésa es buena señal? –preguntó Quini.

–No sé –dijo Jorge–; simplemente se ha parado, no hay fuerza. Alguno de nosotros no se concentra lo suficiente –apostilló.

–Me retiro un poco; quizá soy yo –se apresuró Enrique a retirar su dedo.

–No seas estúpido, coloca tu dedo de nuevo. Tú tienes fuerza.

–¿Y miedo, tienes miedo? –susurró Quini.

–¿Miedo, a qué?

–A lo de siempre: miedo a lo desconocido.

–Bueno, ese miedo lo tiene, lo tenemos todos.

–Hay que seguir. La semana pasada nos salió bien, ¿no recordáis? Nos explicaron varias cosas y dijeron que volverían a contactar. ¿Es que lo habéis olvidado?

–No. Vale. Sigamos.

Los cuatro volvieron a poner sus dedos con suavidad sobre el culo del vaso. Cerraron los ojos, intentaron concentrarse.

–En el nombre de Dios Todopoderoso, hermano de la luz, amigo, ¿estás ahí?

–Haz fuerza, Luisa –casi imploró Quini.

Sobre el vasto fondo de olas rompió un relámpago el azul oscuro.

Categori 5 apretó con fuerza el brazo de Econopul 2.

–¿Qué quieres?

–Siento algo en el fondo de mi cerebro, como una llamada –pareció crisparse.

–Quédate tranquila, puede ser una llamada humana.

–Sería maravilloso.

–Relájate e intenta escuchar voces o pensamientos. Si lo hacen bien, podremos comunicarnos con ellos. Pondré el alertador de emociones en automático.

Categori 5 dejó todo su cuerpo flácido, entornó los ojos y volvió las palmas de las manos hacia arriba. Mientras, Econopul 2, rozó con la yema de sus dedos la célula del Alertador. Un diminuto cuadro se iluminó, con luz violeta, en el panel de mandos.

–Todo dispuesto –dijo–; en cuanto se inicie la comunicación, sonará un zumbido y tu mente y palabra empezará a funcionar. Pon mucha atención porque puede pasar muy rápidamente. A veces es una ráfaga rápida, otras un pensamiento urgente. Ocurre en ocasiones, según escuché de boca de Econopul 1, que es imposible retener nada; los humanos no son constantes y eso trae consigo la diversificación. ¿Notas algo, alguna sensación?

–Sólo ansiedad.

–Puede ser tuya; mantente relajada y alerta al tiempo.

–¡Ahora! –gritó Categori 5.

–¿Qué es?

–Es como una bruma, una lengua de luz en lo más infinito de la mente, como una llamada intermitente. No lograría explicártelo bien; pero ya se ha ido... No, creo... vuelve... No; se ha ido. ¡Qué pena!

–No te preocupes, insistirán si les interesa. Lo raro es que en el Alertador de Emociones todo sigue igual, sin alteración alguna.

Ante ellos, como una gigantesca fruta verde, se aproximaba la Tierra con lentitud. Todos los colores pensados estaban allá abajo, en media parte; mientras que en la otra la noche plateaba montañas, ríos y mares lejanísimos.

–De cualquier forma –aseguró Econopul 2– vamos a su encuentro. Intenta buscarlos, al menos en una próxima conexión, procuraré localizarlos y nos dirigiremos allí. Haz un esfuerzo.

Categori 5 abrió los ojos y los cerró de nuevo, buscando con su mente algo desconocido para ella; quizás era la emoción la que no le permitía encontrar o contactar con aquel grupo reunido en algún lugar del viejo Planeta. Ahora, conseguir dejar la mente en blanco era su meta y debía lograrlo.

–Así, así, tranquilamente; me mantendré en cero hasta que surja el momento. Ésta es nuestra gran ocasión, apurémosla. Aprovechemos la suerte. Nunca podía pensar al

venir de Alfaluna que pudiera darse. Sí –pareció pensar más que hablar–, esta inmensa suerte es necesario aprovecharla.

La pequeña astronave estaba como colgada de una cuerda invisible procedente de alguna lejana estrella. En posición cero para cualquier observador terrestre hubiera significado un satélite de observación en pasada lentísima, orbitando una y otra vez.

La luz violeta del Alertador de Emociones vibró con cierto temblor y luego se iluminó con gran intensidad.

–¡Son ellos! –gritó Econopul 2 de entusiasmo, encendiendo los motores y haciendo saltar la palanca de la posición cero–. ¡Cáptalos! ¡Consigue hablar con ellos! ¡Mándales tu saludo de fraternidad!

Categori 5 tenía una sonrisa bobalicona extendida por todo su rostro. Pareció como si, levemente, las palmas de sus manos, hacia arriba, temblaran; después de unos segundos eternos, sus labios se movieron sílaba a sílaba. El Alertador de Emociones, trepidó ahora encendiéndose y apagándose.

–Saludos, hermanos de la Tierra. Categori 5 y Econopul 2 os envían un mensaje fraterno desde nuestra nave, ¿qué deseáis de nosotros, hermanos?

–Propones un contacto físico –se apresuró a decir Econopul 2–; vamos donde ellos estén. Diles que se relajen, que se concentren bien para poder hablar y no desaparezca la energía. ¡En Alfaluna no lo creerán cuando lo contemos!

Categori 5 fue dando, con lentitud, el mensaje que llegaba a su mente: «Queremos un contacto directo.»

«Queremos hablar con vosotros, hermanos.» «No os vayáis de nuevo; bajad aquí, en el nombre de Dios Todopoderoso.»

Categori 5 preguntó su situación y la recibió de inmediato. La comunicación era perfecta. Ahora todo marchaba bien. Los hermanos terrestres estaban situados entre

África y España, en una de las pequeñas islas del Atlántico llamadas Canarias, en Lanzarote exactamente.

Econopul 2 trazó parámetros en su Organizador de Coordenadas y apareció el punto justo de la situación humana. Casi un segundo después, el Alertador de Emociones zumbaba de nuevo y en el Organizador de Coordenadas sonó un zumbido y el tip-tip característico del punto justo donde debía acudir la nave.

–Diles, transmíteles nuestra situación, es justo en la vertical de la Tierra del Fuego. Asegúrales que tan sólo en tres minutos de su cuenta del tiempo estaremos sobre ellos. Hablaremos más cómodamente y si existe seguridad, cosa que comprobaremos, incluso nos podremos dejar ver y estar a su lado. A nosotros nos importa el contacto tanto como a ellos. Adviérteles que no se dejen embargar por la emoción, eso podría ser nefasto y hacernos llegar a la desconexión síquica. Transmíteles todo. –Econopul 2, con aparente frialdad fue hablando, dictando el mensaje a Categori 5, mientras dirigía la nave con precisión hacia el punto indicado en el Organizador de Coordenadas.

De pronto, la nave se colocó en posición vertical en maniobra precisa.

Debajo de ellos, las luces de unas cuantas islas en la noche parpadeaban como dándoles la bienvenida.

Luisa le puso una mano para calmarlo.

–Estate tranquilo. Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá. Sabes que eso es una ley.

–Sí. A veces.

Quini los miró fijamente y luego llevó los ojos al otro lado de la ventana.

–El océano está quieto –dijo.

–Sí; es una balsa de aceite.

–Que puede hervir de pronto.

–¿Lo intentamos de nuevo? –probó otra vez Luisa.

–¡Manos a la obra! –insistió Jorge.

–De acuerdo –aprobó Quini–, ya sabéis: dedos como si no pesaran, sobre el vaso. Mente en blanco. Relajación absoluta y fe.

–Parecemos principiantes –aseveró Enrique.

–Siempre se está empezando.

–Esta noche lo conseguiremos.

–Vamos de una vez. ¡Silencio!

El ruido del mar penetraba tranquilo a través de la ventana. Apenas el contacto de los viejos cristales quebraba el silencio.

–¿Os importa que cierre la ventana? –preguntó Quini–. Creo que sería mejor. El ruido de las olas no me deja poner la mente en blanco.

–No pienses en ello. La ventana debe permanecer abierta. Estamos solos y por ahí veremos lo que tenemos que ver.

–El que tenga ojos que vea y el que tenga oídos que oiga.

–Y una vez hechas las sentencias –puso el dedo Jorge sobre el vaso– vamos de una vez.

–No entiendo nada. No somos capaces de lograrlo – los ojos de Quini se cerraron con fuerza.

–Sí, hombre. Ahora verás. Ten fe.

No hubo más palabras. Se adivinaban las respiraciones. La energía de los cuerpos pasaba por los dedos directamente al vaso. Éste empezó a girar sobre sí mismo como si estuviera loco.

–Di quién eres –susurró Enrique.

–En el nombre de Dios Todopoderoso –insistió Luisa.

–¿Quién eres?

El vaso fue señalando palabras distintas.

–C-A-T-E-G-O-R-I-5.

–¿Categori 5?

–Sí –señaló el vaso.

—¿De dónde vienes?

—Alfa...

—¿Alfa?

—Alfaluna.

—¿Alfaluna?

—Si. Alfaluna.

Luego el diálogo fue rápido y fluido. Categori 5 fue contando todo poco a poco. Habló de Econopul 2.

Se encontraban en Sudamérica y en poco menos de tres minutos, estarían con ellos.

La emoción cundió en el grupo.

—No te pongas histérica, Luisa.

—No. Sólo estoy nerviosa.

—¿Vamos fuera?

—¿Para qué? —preguntó Quini—. Al fin y al cabo es un suspense de tres minutos; menos del tiempo de fumar un cigarrillo. —Y encendió uno con aparente calma.

—¿Cómo serán? —se atrevió a decir Luisa.

—Como tú y como yo.

—Eso. Seres como nosotros.

Luisa vio cómo la ventana se iluminaba con una fuerte luz blanca, como si un relámpago durara una eternidad. Alguien invisible había pulsado el botón invisible de una luz en el espacio y todo se iluminó por mucho tiempo. Le pareció advertir que el océano se alborotaba, que se partía en varios trozos y saltaba camino de la vieja casa de la playa. Dudó unos segundos si era su imaginación, si su ansiedad la traicionaba. Pero el gran resplandor estaba fuera y ahora podía ver hasta las pequeñas dunas reunidas en la playa por el viento del atardecer. De pronto se sintió bien, apoyó las manos encima de la mesa, deshaciendo el abecedario en círculo, se puso en pie y con una gran sonrisa y lágrimas en los ojos, consiguió no gritar:

—¡Vamos fuera! ¡Están ahí, están ahí!

–Ha sido nuestra fe –logró articular Enrique.

Jorge y Luisa ya habían traspasado la puerta. Enrique y Quini los siguieron presurosos.

La nave permanecía estática sobre la playa, a unos tres metros del suelo. Despedía un gran halo de luz blanca. No tenía luces intermitentes y a través de sus paneles, de un material parecido al cristal, se adivinaba otra luz de un violeta tenue. No había ningún ruido.

Sólo, como lejano, el del mar o quizás el del viento. La nave se agitó con suavidad y la luz blanca se apagó hasta convertirse en una silueta de bordes plateados con iridaciones naranja. Luego, todo quedó en silencio. Desapareció el ruido del mar y del viento. A los cuatro les pareció como si estuvieran aislados bajo una campana en la que se hubiera hecho el vacío.

–Hermanos –intentó hablar Enrique.

Pero le fue imposible. La voz le resonó en el cerebro y se convirtió en un eco por todo el cuerpo. Los otros le miraron apercibiéndose del hecho; después, sin saber la razón, se estaban comunicando telepáticamente.

«Ahora saldrán», dijo Quini.

«¿Cuántos son?», preguntó Jorge.

«Está claro –no tuvo dudas Luisa–, son dos; en esa pequeña nave no cabrían más de dos personas.»

Enrique levantó la mano, aún no viendo a nadie, en forma de saludo.

Frente a ellos, la nave pareció partirse en dos y el chorro de luz violeta inundó los alrededores; de inmediato se volvió a apagar.

Categori 5 y Econopul 2, descendieron.

En pocos segundos estaban frente a ellos.

No era un efecto psíquico, ni tampoco un espejismo del cual salieron realizando un esfuerzo. Los dos seres estaban allí y avanzaban hacia ellos sin tocar el suelo, la are-

na de la playa. Era como si se deslizaran sobre una rampa resbaladiza. Ambos seres tendrían cerca de dos metros. Uno, la mujer, que no se diferenciaba en nada del otro, quizás era un poco más baja. Estaban enfundados en vestidos pegados materialmente a todas las líneas del cuerpo y movían los brazos con gran naturalidad. El hombre, puesto que su cuerpo era hercúleo y musculoso, al llegar a un metro de ellos, alzó la mano saludando; la mujer hizo igual y sonrió con todo su rostro. Rieron sus ojos, su boca, su nariz. A los cuatro les dio una sensación de gran tranquilidad.

«Somos amigos –dijo Econopul telepáticamente–; procurad no hablar, con solo pensar os captaremos todo y, a la vez, os contestamos de la misma manera.»

«No podríamos soñar en conectar con seres como vosotros –ahora fue Categori 5 la que se dirigió a ellos–, tenéis una gran fuerza. Econopul dice que sois sicofuertes. Somos felices de estar aquí.»

«¿Es lógico que esto ocurra en 1980?», pensó Quini.

«¿1980?», dijo extrañado Econopul 2.

«¿No es este el 2000 del Segundo Nacimiento de Jesucristo?», pareció exclamar Categori 5.

«No –aseguró Enrique–, hace mil novecientos ochenta años que Jesucristo desapareció; pero para muchos, sigue estando entre nosotros.»

«No lo entiendo –musitó Econopul 2–; pero creo que debemos intercambiar otras ideas. ¿Cómo lográis la muerte?»

«¿La muerte?», se extrañaron todos.»

«Nosotros vivimos la eternidad sin conseguir la muerte. La buscamos. Vuestra vida es la muerte nuestra y es lo que deseamos los siete seres que quedamos en el Sistema con base en Alfaluna, ahí justo. –Volvió la cabeza como para señalar al satélite esplendoroso encima del Océano–. Si conseguimos morir nos reuniremos de inmediato con vo-

sotros; ésa es nuestra meta. Vosotros fuisteis igual que nosotros antes, hace una gran eternidad.»

«¿Qué ocurre cuando morimos nosotros?», logró pensar Carlos.

«Nunca se muere; simplemente escaláis un estadio más hacia el centro del cosmos, hacia el Padre. Lo demás es intermedio; en eso sois superiores a nosotros.»

«¡Pero eso es irreal!», exclamó Luisa.

«No, no. Lo irreal es lo nuestro, nuestra vida. No logremos nada hasta que no alcancemos vuestra vida.»

«¿Es como un nacimiento?»

«Algo parecido».

«Un nacimiento cósmico», comunicó Categori 5.

«¿Y qué buscáis en La Tierra?»

«La muerte –sentenció Econopul 2–. Es nuestro primer viaje. ¿Cómo podemos encontrar la muerte, lo sabéis acaso?»

Los cuatro sonrieron con cierto humor, a pesar de la gravedad de la situación.

«Quizá –pensó Luisa, lanzándoles su idea con todo el amor de que era capaz– la muerte que conocemos nosotros, por cierto muy asequible y fácil, no es la misma que estáis buscando. Sé, que por muy poco que veáis, observaréis la muerte aquí y allá. Es fácil en este Planeta. Está en todas partes y muchos la causan como si lo hicieran jugando.»

«Sí; para muchos es un juego», titubeó Quini.

«Quiero morir. Necesito morir», pareció exigir Categori 5.

«Debéis entenderlo; es así. Categori 5, tiene la razón; es nuestro destino, lo dice el Cronicón del Cosmos y no sabemos cuándo sucederá. Este es nuestro primer viaje a la Tierra, ¿cómo lo pensáis vosotros? –se preguntó–.

Ah, M, como un viaje nupcial. Allí no nos está permitido hacer el amor; aquí sí. No debemos perpetuarnos. Es la ley.»

«¿Alguien más conoce vuestra llegada a la Tierra?», preguntó Luisa.

«Nadie y creíamos que no íbamos a contactar. Sois los primeros en saber parte de esta historia del pasado; quizá podéis investigar en legajos, civilizaciones enterradas y alguna escritura perdida en el fondo del mar.»

«¿Qué vais a hacer ahora?», logró preguntarles Enrique.

«Seguir –dijo Econopul 2–. Nos quedan muy pocas horas en la Tierra y debemos ver muchas cosas. Esto no volverá a repetirse nunca para nosotros. Hay hermanos que esperan nuestro regreso, para a su vez ellos, probar suerte.»

«Necesitamos buscar la muerte –pareció soñar Categori 5–; si no lo conseguimos, seguiremos anhelándola y contemplándoos desde Alfaluna; pero ahora que conozco algo, la deseo más fuertemente.»

«Debemos acabar, hermanos. Os recordaremos siempre. Os dirigiremos pensamientos desde Alfaluna si acaso no tenemos la suerte de encontrar la muerte por fin.»

«Somos felices de que estéis aquí», aseguró Luisa.

«Siempre os estábamos buscando», dijo Quini.

«¿Dónde vais ahora?», preguntó Luisa con impaciencia, como temiendo su partida.

«Nos dirigimos a otro lugar; sin rumbo.»

«Gracias –dijo Categori 5, usando de nuevo su grandiosa sonrisa–; quizás esté escrito que nos veamos alguna vez, incluso sin llegarnos a conocer. Gracias y adiós.»

Econopul 2, alzó de nuevo su mano, luego la llevó al sitio del corazón, Categori 5, lo secundó. Los dos flotaron por encima de la arena, deslizándose.

Subieron a la nave. De nuevo explotó la luz violeta. Otra vez se iluminó la playa como si hubiera salido el sol y la pequeña máquina desapareció en escasos segundos.

–Mañana me parecerá que todo esto ha sido un sueño –profetizó Luisa, sintiéndose más tranquila al poder hablar

de nuevo.

–¿Un sueño, una visión? –pareció seguir pensando Quini en voz alta.

–Sí; mejor no vamos a contarle a nadie nada –dijo Enrique.

–De cualquier forma no te iban a creer –se rió con tristeza Carlos.

Los cuatro entraron despacio, sin muchas ganas, en la vieja casa de la playa.

Asomados a la baranda repleta de flores, por donde sobresalían los colores de las plantas, los dos hombres esbozaban una dura sonrisa ahogada por el humo de los cigarrillos. Cada uno de ellos sostenía un rifle de repetición en la mano derecha y con la izquierda se agarraban al cálido hierro donde asomaban las flores.

De sus frentes protegidas por sendas viseras azuladas, caían chorros de sudor que llegaban hasta la comisura de los labios.

–El próximo es tuyo, Geller.

–De acuerdo; ¿apuestas?

–Sí.

–¿Cuánto?

–Una cerveza una vez más.

–Te llevo ganadas cinco.

–Hoy no estoy en forma.

–Pues son fáciles. Salen, disparas, caen...

–Sí; pero hace calor. He bebido mucho.

–¿Te aburres?

–Algo.

–Nos sentamos si quieres.

–No; he venido aquí a curar mi ansiedad y lo haré.

–De acuerdo; prometí ayudarte y lo haré yo también.

–¡Cuidado con aquel, está a punto de traspasar la barrera de células! ¡Eso sería peligroso, dispara tú!